



El transistor nos acompañaba a todas partes.

Lo que no se dijo del Sahara (XVI)

RUMORES INQUIETANTES

AQUEL 7 de Noviembre, segundo día de la "Marcha", fue de máxima expectación. Habían llegado nuevos corresponsales y coincidían en decir que la enfermedad del Generalísimo, recientemente operado, y el problema del Sahara, compartían por igual la atención mundial en todos los medios informativos.

Nosotros que apenas disponíamos de otro contacto con el exterior que los escasos periódicos que llegaban atrasados y los transistores, estábamos prácticamente pendientes de las noticias de Radio Nacional. Cuando se referían a la situación que nosotros vivíamos allí, nos producía una curiosa sensación verdaderamente indefinible, sobre todo aludiendo a la Marcha Verde de la que tan poca distancia nos separaba.

Aquella mañana salimos a la misma hora, pero en mejores condiciones porque el siroco había amainado.

Cerca ya de las posiciones más avanzadas, a la izquierda de la carretera, una compañía de soldados hacía gimnasia, después el torso y desafiando el frío, igual que dos horas más tarde, prácticamente sin transición, desafiaban el calor, porque en el Sahara ya es sabida la brusquedad de cambios climatológicos.

El color verdoso de los pantalones confundió a un corresponsal.

—¿Legionarios?

—No —respondió el oficial de gobierno que nos acompañaba aquel día—. Son paracaidistas.

—¿Y es que estos tíos necesitan estar más en forma?



El pan nuestro de cada día.

UN EXTRAÑO CURA

Estuvimos luego en uno de los puestos de la División Acorazada, pero también aquel día deseaban mis compañeros acudir cuanto antes a "primera línea", así que nos despedimos rápidamente del grupo de oficiales que nos habían atendido, pero al ver al último de ellos con el emblema de una cruz que me fue muy familiar sobre un bolsillo del pecho, no dudé en su identificación.

—¡Adiós "pater", hasta la vista! —dije—.

—Pero ¡qué pater ni que jaculatorias! —comentó un compañero cuando subíamos al Land-Rover—. ¿Le tomas por un cura?

—No le tomo, ES. Se trata del capellán de la unidad y acaso no le has visto la cruz sobre el bolsillo?

—¡Hombre, te diré! ¡Como que es el teniente médico y lleva la cruz de sanidad militar!

Naturalmente mi despiste me hizo soportar bromas hasta llegar al puesto avanzado en el que encontramos al general Timón Lara.

Recién ascendido, resultaba curioso verle de general, pero llevando aún el uniforme verde del Tercio en el que días antes era coronel. Por eso precisamente, quienes se le acercaban estaban más propensos a llamarle "mi coronel" que "mi general".

Todos los corresponsales le rodearon inmediatamente pidiendo las últimas novedades. Nos explicó que los marroquíes se mantenían en el mismo lugar en que acamparon, aunque nuevos núcleos de voluntarios habían ido engrosando el gran circo que se extendía ya en un frente considerable.

La víspera, cerrada la noche y a la luz de las hogueras, grupos folklóricos comenzaron exhibiciones danzantes, entonando interminables letanías. Aprovechando

el jolgorio, un grupo de voluntarios se había aproximado a la zona minada como si fueran a explorarla, pero nuestras patrullas, no estimando adecuado el momento para folklóricos ni reconocimientos, hicieron estallar una mina y al no bastar ésta, otra a continuación. Ello hizo ver definitivamente a los marroquíes la conveniencia de no transitar a tales horas sobre un campo minado, y a partir de entonces acabó la fiesta.

—Al menos apagaron las luces y se hizo el silencio para el resto de la noche —concluyó el general Timón Lara—.

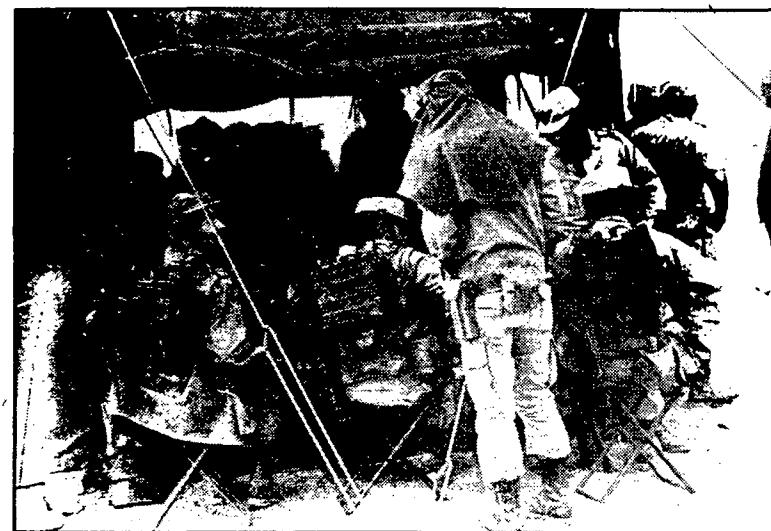
NUESTRAS ORDENES SON CONCRETAS

Pero aún tuvimos todos los informadores materia sobrada de trabajo, porque a mediodía, más o menos, aterrizó a nuestro lado un helicóptero del que descendió el gobernador general del Sahara, Gómez de Salazar, seguido del coronel Bourgon, también de Estado Mayor, el teniente coronel Valdés, de Gobierno y varios jefes y oficiales del Cuartel General.

Inmediatamente estuvo acosado por los corresponsales viendo surgir ante él una profusión de micrófonos que me recordaron las lanzas de Breda, aunque a decir verdad éstas podían ser más incisivas que las de Velázquez.

No obstante, no acusó ningún matiz de impaciencia, ni siquiera al contestar a uno de los corresponsales extranjeros.

—Me extraña oír preguntas sobre la moral y la disciplina de las



Cada cual en su puesto.

tropas —dijo—, cuando creo que es evidente cómo están preparadas y los medios de que disponemos.

Otro preguntó si había posibilidad de que continuara avanzando la Marcha Verde.

—Sería absurdo; si avanzan serán ellos los que se metan en el fuego, tenemos un límite marcado y no irán un metro más allá de él; nuestras órdenes son concretas.

Momentos antes de la llegada de Salazar, dos corresponsales habían comentado, al oír que aquel puesto avanzado tenía exclusivamente la misión especial de observar e informar, que nuestra actitud parecía ya menos firme, y rumoreaban que nuestras fuerzas iban incluso a replegarse, así que pensé en la conveniencia de concretar las respuestas para

evitar interpretaciones falsas y enojosas preguntando por mi parte.

—Pero esa línea, que hay marcada como límite ¿está muy lejos de aquí?

—Muy próxima, y aunque la radio marroquí señale que la Marcha Verde pasará, mis órdenes son disparar contra quien sobrepase el límite.

RUMORES INQUIETANTES

Lo cierto es que, con la llegada a Madrid de Filali, embajador de Marruecos, que traía un importante mensaje para nuestro gobierno, nuevamente comenzarían, a título de rumor, noticias inquietantes, por lo que, ni siquiera allí,

entre nuestro Ejército y c marroquíes frente a nos acabábamos de convencernos que esta vez se habían a las contemplaciones y aque en serio.

Y eso que nadie parecía en aquel momento el inel viaje de Carro Martínez a acompañado por el embajador España en Rabat.

Al despedirse de nosotros general Salazar me preguntó había sobrevolado ya la Verde, y ante mi negativa ofreció una plaza en su helicóptero, pero no me hubiera dejado en tierra por mi caudatiente coronel Valdés, que tésmente se prestó a ello, ni poco quería aumentar a con el disgusto de aquellos coros que aún no la habían lado y que tanto censuraban otros aprovechar influencias amistades para hacerlo.

Así, aquel día compartimos sombra de unos carros de te, la misma comida de nuestros soldados y más tarde tomé café de unos termos proveídos les.

Nos acompañaron el te coronel Travesedo, el comate Trench y el teniente Prada, todos del Grupo 1. Más tarde se sentó con nos el capitán Repollés, recién incorporado al Tercio, por, daba la circunstancia de que muchos años destinado en bía conseguido vacante en dolid, pero al tensarse la ción en el Sahara, sin pe dos veces pidió volver a su Sahariano para ocupar la que él mismo había produ

Victoria MARCO LINA
Fotos: ARU